



ESQUIRRA

DANA HART

Miraba al cielo con sospechas. Él tenía sus propias teorías, especulaciones, su propio sistema para explicar el mundo. No cualquiera posee semejante habilidad. La habilidad de ser y estar, ver y observar, al mismo tiempo. Tenía el pecho siempre frío, como una madrugada otoñal. Y sonaba, igual que el motor de un coche viejo.

Casi no tenía recuerdos de su pasado. Esa era la parte que más le perturbaba. No saber quién era su mamá. No saber quién había sido su padre. Aunque una gran parte de las personas que existen, no saben eso, o lo saben apenas. ¿Quién conoce, realmente a su papá? Si de ausencias se construyeron las murallas, los valles, las gentes. Pero no estaba triste. No conocía la tristeza. Ese sentimiento feroz que brota en forma de lagrimitas, para él, era inalcanzable. Hubiera querido sentirla alguna vez, aunque sea por una noche

desconsolada de des-amor y des-venturas. Para saber qué sienten los corazones que sí pueden latir.

Entró a la reunión con sospechas. Tenía la sensación de que había algo más allá de lo que decían las bocas. Se sentó en una de las sillas, porque pese a que estaba repleto de personas, cada quien tomaba su lugar. Apoyó los dos codos sobre la mesa y esperó durante un buen rato. Cada quien intervenía con su tema, como siempre. ¿Qué les interesa? De eso van a hablar. Ni más ni menos. Se buscaba llegar a acuerdos, resolver ciertas temáticas. No todo es color de rosas, y mucho menos en tiempos de reajuste. ¿Esas personas sí tenían una historia? ¿Recordaban sus pasados? ¿De qué estaban hechos sus recuerdos? Construidos con algodones de azúcar, o besos cálidos por la

mañana. No lo sabía. Hablaban bastante poco unilateralmente, lo mejor era hacerlo a mano alzada.

Cuando le tocó su turno, le carraspeó la voz. Tenía planificado lo que iba a decir, y no necesitaba ningún papel de apoyo. Guardaba cada palabra en su memoria.

- Buenas tardes. Ante todo quiero expresar, que me siento terriblemente afortunado de poder participar en esta reunión y agradezco que me hayan invitado. La razón por la que estoy aquí, es porque me parece de gran importancia plantear un asunto y quiero comenzar con una pregunta. ¿Quiénes tienen derechos? Se sabe que hay hombres que conquistaron sus derechos. No son todos. Pero los hay. Tuvieron que hacer revueltas y revoluciones para poder conquistarlos. ¿Pero

qué pasa con la mujer? ¿Qué pasa con las niñas? ¿Qué pasa con las disidencias? ¿Qué pasa con la naturaleza? ¿Y qué pasa con quienes no tienen pelos en las orejas, ni en las piernas, ni en la barriga? ¿Carecen de derechos?

Históricamente se ha acostumbrado a pensar el mundo, desde la lógica de ciertos hombres, que sí conquistaron el derecho. Hombres napoleónicos, que en sus caballos galopantes, obtuvieron aquello que consideraron justo. Construyeron una identidad en base a eso. ¿Pero qué pasa con todo lo demás, que existe y pisa la tierra? ¿El desplazamiento?

Tenemos derecho a participar. A ser una voz. A dormir en las mismas camas calientes y tendidas, recibiendo el mismo aire tibio en nuestras mejillas. Tenemos derecho a

acceder a la educación, en forma gratuita. A los comedores, a los lavaderos. ¿Por qué no? ¿Qué nos hace tan diferentes del resto? ¿Y por qué nuestras diferencias, nos arrojan a la arena del no poder?

Cuando terminé de formular esta última frase, la gente a su alrededor comenzó a aplaudir. La subjetividad era un barco de avanzada, que surcaba los mares. Estaba planteado un problema, que había estado en boca de casi todas las personas presentes, de una forma o la otra. No tuvo ni un solo oponente. El aplauso se convirtió en un voto, y el voto se convirtió en derechos. No lo podía creer. Tan fácil. Sin oposición. Como si años de evolución al fin dieran sus frutos, y qué dulces, qué sabrosos eran. Ahora no sólo él podría comer de ellos, sino toda la tierra. La vapuleada naturaleza, a la que durante tanto tiempo se

maltrató. Cuando aquel puñado de hombres se movía cortando árboles, violando mujeres, masacrando al que vive, armoniosamente, pisando nidos y extinguiendo especies.

Lo primero que hizo fue ir a clases. Se sentó en el ágora, con el sentimiento de humildad, chocando con su grandeza, fundiéndose, en una palabra nueva, que no ha sido nombrada aun. Aprendió sobre átomos, estrellas y constelaciones. Y cuanto más sabía, cuanto más aprendía, más miraba al cielo con sospechas. Desarrolló su propia teoría, que no tardó en plantear frente al auditorio.

- El Universo... El Universo es como una caja, en constante expansión, en él la materia no nace, ni muere, se transforma, y todo lo que vemos a nuestro alrededor, fue alguna vez, parte de otras cosas. Materia y movimiento. Materia, en movimiento...

Hubo un profesor que saludó su teoría. Otro, no estuvo tan de acuerdo y se generó una interesante discusión, siempre respetuosa, que alimentó los pensamientos de cada quien que estaba presente. No iban a estar pensando exactamente lo mismo, a exactamente el mismo tiempo y ritmo. ¡Qué burocrático! Que cada quien manejara su bagaje de ideas como quisiera, siempre y cuando su pensamiento no implicara el daño emocional, psicológico o físico de alguien más.

Se sacó una esquirra de entremedio de las uñas, y tomó tantas notas como pudo. ¡Qué interesante le parecía aquel mundo que se abría ante él! La posibilidad de ser y estar, libremente. Esa noche comió en el comedero como el resto, naturalmente. Y durmió en la misma cama tendida que el resto. No cabía en su sitio de la alegría. Tan fácil. Tan rápido. Casi sin pelear. No tuvo que

hacer revueltas, ni revoluciones, ni guerras de ningún tipo. No hubo a quien derrocar. Tal vez porque se caía de maduro. Porque era inevitable en el curso de los acontecimientos.

Cuando le tocó cumplir sus dos horas de jornada laboral, enseguida se hizo de un buen grupo de amistades. ¡Qué rápido, qué fácil se pasan los minutos cuando se está con gente de buenas intenciones! Nadie hablaba del pasado. Se hacían chistes y se reían, igual que adolescentes en el patio de una escuela.

No tardó mucho tiempo en volverse importante. Indispensable, quizás. A la hora de las tareas de distribución y organización en general. ¿Qué se fabricaba en cada mesón? ¿De dónde venía la materia prima? ¿Cómo se ubicaba la gente con sus responsabilidades? Guardaba todas esas cosas en su memoria. A menudo venían a hacerle

preguntas y le pedían resolver alguna traba, alguna falla o avería. Él siempre estaba dispuesto a ayudar, con una enorme sonrisa. Era amable y no conocía de exabruptos ni irritaciones. Siempre estaba buscando a quién amar. Con o sin corazón, el sentimiento crece igual. Toma su lugar.

Adoraba los colibríes. Si uno le pasaba cerca, se detenía a mirarle. Y había construido unos pequeños refugios para que se protegieran los días de lluvia, cuando nadie iba a trabajar y se resguardaban bajo un techo para juegos, especialmente dedicado a tal fin. Cientos de juegos de mesa, con dados por doquier, para entretenerse bajo las tormentas. En esos días, le gustaba contar cuentos a quienes todavía no pasaban el metro y medio. Aunque la gente adulta también se detenía a escuchar. Inventaba todo tipo de historias, sobre dragones y mantarrayas

voladoras, que igual que súper-héroes, salvaban a los océanos de las tiranías. Poseía una gran imaginación y eso lo destacaba. Andaba con su grupo de amistades para todas partes. Se adoraban. Era amor del verdadero. Cubierto del aire tibiecito de cada noche.

Allí, las familias se decidían por elección y decisión. Nada de imposiciones. La familia era la amistad. Y la familia crecía. Como ese día en el que Camila lo llamó, para presentarle a una chica que acababa de llegar. En cuanto la vio, sintió una emoción nueva. Ella tenía el cabello largo, casi hasta la cintura, los ojos llenos de brillo, como si escondieran estrellas. Traía muy buena disposición, ganas de hacer cosas, no se negaba a ninguna actividad. La invitaron al cine. La invitaron a clases. Se puso a estampar prendas a su lado.

Cada tanto, le rozaba sutilmente las manos, para sentir su piel, tan suave, tan viva. Creía sentirla latir. Creía sentir su respiración agitada. Estuvieron toda la tarde compartiendo, hasta que ella, desapareció. La buscaron por todas partes, casi de manera desesperada. Tenían miedo que le hubiese pasado algo.

- ¿Dónde está Esperanza? ¿Se habrá perdido? Tal vez se asustó. ¿Algo no le habrá gustado? ¿Será que se molestó? No debí haber rozado la piel de sus manos. Quizás eso significa un gran insulto en el lugar del que ella venía. ¡Qué idiota soy! ¿Cómo pude espantarla? ¿Y ahora qué hacemos? ¿Dónde más podemos buscarla? ¿Y si se perdió? ¿Y si alguien se la llevó? ¿Y si se fue buscando otros pueblos, y se encontró con que allá afuera no hay nada?

Pero por fortuna, no pasó mucho tiempo hasta que ella regresara. Sin ningún rasguño, sin ninguna herida. Y esta vez fue ella, la que intentó rozarle las manos y se acostó junto él, en su cama conquistada.

En cuanto amaneció, todo el grupo fue a desayunar. Habían cenado solo palomitas de maíz, así que tenían la panza vacía. Él tenía su menú especial. Esperanza le pidió a la señora Norma del casino, revuelto de arvejas con cebolla, para poner sobre el pan. La miraba comer de reojo, y le parecía tan radiante. Le generaba una sensación especial, ganas de cuidarla, de abrazarla, de quererla. No sabía cómo preguntarle, si podía abrazarla, si no le molestaba el roce que ya sus manos parecían hacer solas. Sabía bien que necesitaba de su consentimiento para cada movimiento. ¿Pero cómo preguntarle?

“¿Te puedo abrazar?”, suena extraño. ¿Se preguntará así? Tan simplemente.

Terminaron el desayuno y sin darse cuenta, el resto del grupo salió por la puerta. Ella se quedó allí, sentada, mientras la Señora Norma hacía volar por los aires una tortilla. Él sintió por primera vez, nervios.

- ¿Esteban? ¿Estás bien? Te noto tenso.
- Si, estoy bien, discúlpame. Es que, tengo que ser sincero contigo, no sé cómo preguntarte algo...
- ¿Preguntarme qué? ¿Tengo algo entre los dientes? Dime...
- No, no, entre los dientes solo tienes una bella sonrisa... Es otra cosa la que me gustaría preguntarte, pero me avergüenza.
- Te comprendo si, a veces yo tampoco se cómo dirigirme a otras personas, y me da

miedo, que se puedan enojar con lo que digo. Pero puedes decirme, no me enojaré, no te preocupes... ¿Qué quieres saber? ¿De dónde vengo? ¿Por qué estoy aquí?

- Lo que quiero saber es si te puedo dar un abrazo...
- ¿Un abrazo? ¡Claro! ¡Me gustaría muchísimo!

Estiró sus brazos y la envolvió. Algo comenzó a latir en su pecho. Cortocircuitos. Puso una mano desde la parte baja de su espalda, hasta su cintura y sintió cómo ella se apretaba contra él. Era casi como descansar. Desapareció la ansiedad, los nervios y el miedo. Esperanza acarició sus cabellos negros por la nuca, y le hizo sentir un escalofrío tibio que le recorrió la columna. El amor también se decide. Sin ataduras. Sin grietas. Sin posesiones. “¿Te puedo querer?”, le dijo ella. “¿Te puedo querer?”, le dijo él.

A close-up photograph of a dark, weathered metal surface, likely a door or a heavy-duty panel. The surface is covered in a grid of small, raised rivets or bolts, arranged in approximately 10 columns and 15 rows. The metal has a blue-grey patina with some rust and wear. The lighting is dramatic, highlighting the texture of the rivets and the grain of the metal.

WWW.DANAHARTESCRITORA.COM